

# ”EXULES FILII HISPANIÆ“

POR

JOSE M.<sup>a</sup> VALVERDE

**E**L joven poeta es, en efecto, muy joven. Tanto, que era aún completamente un niño cuando se le quedó partida la mirada con el alud de la guerra española; cuando se acostumbró—eran los largos meses del sitio madrileño—a dormir sobre el bullente hervir de tiroteo del frente, inverosímilmente cercano, y al mismo tiempo, astronómicamente remoto. Como los demás niños entonces, jugó con granadas vacías e hizo colección de balas, en vez de cromos. Un día vino la paz. Y la vida siguió, desdeñosa y olvidadiza de las muertes, de las desgracias, de las ausencias. Como siempre nacían nuevos niños, y los que lo eran dejaban de serlo, dejaban los juegos para asumir los más graves juegos de la vocación y el oficio. Alguno de ellos empezaba a repetirse todos los días, obstinada y gravemente: «Yo quiero ser poeta.» Y emborrataba, y borraba, puliendo las primeras ingenuidades líricas, como si en ello le fuese la vida; leía, paseaba inquieto, mascando los versos de los primeros maestros. Y seguía pasando tiempo. Pero para éste, poco. Aun sin salir del todo de su muchachez, el joven poeta, atónito y confuso, se iba viendo cariñosamente acogido entre los poetas mayores, les iba oyendo conversar, reconociendo alguna vez entre los nombres mentados otros, también míticos, de las antologías y los libros; en ocasiones, un poco confundidos los ausentes y los difuntos, como si la distancia hiciese tabla rasa; en otras ocasiones, destacándose algún nombre desde lo remoto, a través de una noticia, de una carta.

Las olas del océano van y vienen, como recosiendo eternamente las orillas, de labio a labio su rumor; llegan, insisten en llegar, traen por fin palabras, voces, barcos, pájaros. Súbitamente, quizá por un ancho sobre multicolor, cubierto de vastos sellos con jeroglíficos aztecas, como mapas o cortezas de árbol, o por uno de esos sibilinos avisos de Correos, que al recogerse depara la sorpresa de un hermoso libro inesperado, el joven poeta ha recibido en su Madrid una grave y sacramental emoción: se ha sabido existente también entre los ausentes, entre los poetas que se marcharon cuando él no había nacido a la poesía. Y no en su persona, sino en su condición representativa de novísimo poeta en tierra española, ha sentido una comezón de gozo, como el picor de una herida que termina de cerrarse. Y se ha sentido crecer hacia atrás, retroceder por el pasado, bebiendo en la misma mano las aguas divididas...

\* \* \*

La prueba de la expatriación, irresponsablemente acaecida a veces por los fenómenos casi geológicos de la política, muestra mejor que ninguna otra cosa las entrañas de una poesía y del temple humano que la sustenta. Poetas hay que entonces se entregan a la supremacía del apasionamiento, subordinando la misión lírica a la afiliación partidista, o cegándose en la ira imborrable contra quienes hayan sido instrumento del azar histórico contra ellos. Por el contrario, a otros poetas de más legítima y pura condición, tal prueba les acendra y entraña sus versos en la propia naturaleza lírica, que eleva su dolor, en asunción ennoblecedora, hasta el punto de serena visión, genérica y perenne, de la auténtica poesía. Numerosas son, sin duda, las obras brotadas de esta mejor actitud, pero hoy vamos a hablar aquí sólo de dos, por habernos llegado por su propio pie; a saber: la menos reciente, *Jardín cerrado* (1), de Emilio Prados, y la más reciente, *Exul Umbra* (2), de Juan José Domenchina. A hablar, decimos, no a estudiar en recensión total, crítica y evaluadora, sino simplemente a contar y divagar con la menor inoportunidad y extensión posibles. *Jardín cerrado*—empecemos dando sus señas de pasaporte—es un libro grueso y personudo—cuatrocientas y pico páginas—, de un papel que parece en verdad de «antes de la guerra». Su portada ostenta, en doble margen verde, arriba y abajo, dos de las ondulaciones a lo azteca, que caracterizan a los CUADERNOS AMERICANOS. Lleva, o más bien «sobrelleva»,

(1) EMILIO PRADOS: *Jardín cerrado*. «Cuadernos Americanos». México, 1946. 420 págs.

(2) JUAN JOSÉ DOMENCHINA: *Exul Umbra*. «Nueva Floresta» en la Editorial Stylo. México, 1948, 86 págs.

un largo prólogo de Juan Larrea, del cual, como dice el viejo tango, «mejor no hay que hablar», por su desconexión inoportuna con el libro mismo, al dedicarse exclusivamente a arrimar a su sardina política la pura ascua lírica de esta poesía, y ello dentro de una impostación de voz espengleriana, mayúscula y profética a más no poder. En el libro predomina el tono de canción; menos a menudo, el tono de romance, apoyado en su andar sobre el juego de ideas; y alguna vez, el poema de aliento más ancho y trascendente.

Pero no sigamos por aquí. No se trata de hacer una investigación crítica, sino de mostrar un solo hecho: cómo la circunstancia de expatriación ha obrado sobre la poesía de Prados quintaesenciándola en su meollo lírico. No era ya, en la vida de estos dos poetas, la edad de esperar de una mudanza de países una distensión del horizonte, abriéndose a nueva vida, sino—tirando por el otro camino, entre los dos caminos nobles posibles, o sea por el interior—de volverse a su íntima mismidad al quedarse desarraigados de su acostumbrado entorno. Brota así, en el registro fundamental de Prados, esa serie de bellas canciones, transidas de gravedad seria.

#### NOCTURNO INMOVIL

*Prado de la noche.*

*Altas alamedas.*

*La luna y la yerba.*

*Sobre el cuerpo de mi sombra;*

*bien ajustado a mi sombra,*

*mi cuerpo duerme en el suelo.*

*Y ¿en dónde mi corazón?...*

*Buscando mis pensamientos.*

*Prado de la noche.*

*Altas alamedas.*

*La luna y la yerba.*

*Sobre la sombra, la noche,*

*bien ajustada a su sombra,*

*duerme en el cielo.*

*Y ¿en dónde la luz del sol?...*

*Alumbrando a los luceros.*

*Prado de la noche.*

*Altas alamedas.*

*La luna y la yerba.*

Y fácilmente se adensa de carga conceptual, tiende a ser pensamien-

to, jamás lógico y discursivo, pese a su posible estructura paradójal a lo barroco, sino intuitivo en todo caso, «pensamiento del corazón».

*Nada pido para mí:  
sí para el que está conmigo  
y conmigo ha de vivir.*

*No soy tan mal compañero  
ni amigo tan olvidado  
que al que sostiene mi vida  
le dé mis propios cuidados.*

Mucho más podría decirse escudriñando la poesía de Prados, pero los límites nativos de esta nota invitan ya a pasar al otro más reciente libro: *Exul Umbra*, de Juan José Domenchina, al que podemos añadir, por obra de separata, las primicias de otro libro: *La sombra desterrada*, publicadas en la revista LAS ESPAÑAS, número de abril de 1949, bajo dos lemas dignos de reproducción; de Séneca el primero, «Non licet tibi flere inmodice», y el otro de Eulogio Florentino Sanz:

*Lejos de mi Madrid, la villa y corte,  
ni de ella falta yo, porque esté lejos,  
ni hay una piedra allí que no me importe.*

La poesía actual de Domenchina, enjutamente limitada en estas obras a las formas del soneto y la décima, nos sorprende también por su enjutamiento espiritual. Dentro de la mejor línea conceptista quevediano-unamunesca, con un terruñero idioma de castellano viejo, Domenchina habla desde la ladera más genuinamente lírica de su dolor, sin verterse en efusiones, sino la mano bien apretada sobre el pecho, cerrando su palabra en perfectos círculos en que el sentimiento se hace objeto. Roída por el silencio, mortalmente descarnada su voz,

*(Es que... acendré, saliendo conjeturas,  
todas mis convicciones, sin respeto  
humano, en frases, como el alma duras,  
diciéndome del todo, por completo.  
Es que... me descarné, ya en mis oscuras  
postrimerías, como mi esqueleto.)*

sabe, sin embargo, encenderse en el recuerdo y la elegía. Queremos reproducir aquí un soneto de la parte «Evocaciones» de *Exul Umbra*. que dirá más concisamente y mejor, lo que quisiéramos decir ahora:

*Aquel aire cernido, transparente;  
aquella luz filtrada, maravilla  
que aquel sol acrisola, ni amarilla  
ni azul: azul de oro exactamente...*

*Aquella lejanía, inmensamente  
llana y sin una sombra, de Castilla.  
donde hasta el ocre de la tierra brilla  
limpio en el temblo de la luz caliente...*

*Aquel ir sin llegar, perpetuamente  
por la llanura interminable, orilla  
de aquel mar que es el cielo transparente...*

*Aquella luz... suspensa, ni amarilla  
ni azul: azul de oro exactamente,  
entre las nubes blancas de Castilla...*

O también dándonos la medida de Castilla, el soneto anterior :

*... allí—donde, sin límites, locura  
amarilla de sol y polvo, acaba  
el mundo—, ascua en el aire, no pasaba  
el tiempo con su paso de andadura...*

O el posterior :

*... Inaccesible fin, la lontananza  
huye del amarillo exasperado  
de la llanura sorda, que no alcanza  
a salirse de sí por ningún lado.  
Y el horizonte, inalterable, avanza  
en lento azul, de caminar cansado.*

«Hablando silencios», vemos así aparecer ante nosotros definitivamente ennoblecido por el yunque del sufrimiento el espíritu de este poeta. No sabemos, no podemos querer evaluar la altura que alcanzan algunos sonetos de Domenchina en el caudal de la poesía española. No interesa tampoco en la presente ocasión. Interesaba sólo acusar recibo, marcar en esta orilla la huella, dar eco a esa grave voz.

*(... y os hablo, limpio timbre que se empaña  
sobre los mares, como muerto en guerra,  
desde una fosa, con mi voz de España.)*

Desde una fosa, no. Aunque la voz haya alcanzado una verdadera «ultra-vida»—el poeta muere siempre en lo que escribe, está «ha-

biéndose muerto» detrás de su voz, como un espectro—, Doménchina vive en la poesía de España y de toda la lengua española. Con algo de Lázaro—pero el poeta, repitamos, es siempre un Lázaro en el mundo de los demás vivientes—sigue viviendo y hablando con su voz de ultratumba, de ultramar :

*Y a la postre, en mi fin, postrimería  
sólo, sólo añoranza, sólo historia...  
Allí donde Dios quiso, fué la gloria  
y aquí, porque él lo quiere, la agonía.*

*Aferrada a su antaño, con porfía,  
sobre el olvidadizo, mi memoria  
quiere poner a salvo de la escoria  
que la anegó el orgullo de su hombría.*

*Ayer fuí un hombre. Cuando Dios quería,  
tuve, no la conciencia transitoria  
y en fuga que hoy me pierde y extravía,  
sino mi noble y clara trayectoria  
de varón que, al pisar como sabía,  
se enraizaba en la tierra que tenía.*

José M.<sup>a</sup> Valverde.  
Ega, 7 (El Viso).  
MADRID (España).